



## manuel olimón nolasco

historiador

### HUELLAS DE VIDA.

#### PRIMAVERA: ESPLENDOR DE LA CREACIÓN.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

El mes de marzo, en el Hemisferio Norte, dentro de cuya geografía e historia se encuentra México, marca el inicio de la estación de la primavera celebrada en todos los tiempos como una estación feliz. La poetisa estadounidense Emily Dickinson escribió esta escueta línea: "en marzo está más cerca el sol y su cálida caricia". Para el pensamiento religioso, sobre todo judío y cristiano, la floración primaveral es signo de las gracias divinas que se han derramado en el mundo, nostalgia del jardín original del paraíso y anuncio profético de tiempos mejores, de calidez y dulzura en la compañía de Dios y de las personas amadas.

Resulta conveniente, me parece, pues el tiempo por el que transitamos parece estar bajo la cúpula del pesimismo y de las malas noticias, dedicar unas líneas a celebrar la primavera y el limpio mensaje que ha transmitido al paso de las generaciones. La nuestra no debía ser la excepción para captarlo.

Unas maravillosas líneas de Sor Juana Inés de la Cruz, inspiradas en la ascensión a los Cielos de la Virgen María, proponen un "certamen", es decir, una especie de disputa amable "entre las flores y las estrellas", pues éstas últimas son, en el cielo nocturno, como el suelo de un campo recién llovido que se tapiza de flores. Mucho antes, los pasajes más bellos del Antiguo Testamento se refieren precisamente al esplendor primaveral y la lectura primera de la celebración litúrgica de Nuestra Señora de Guadalupe, a manera de eco del relato del milagro en los albores de la evangelización en México, canta: "Han aparecido flores en nuestra tierra. El tiempo de la poda ha llegado".

Las alturas inigualadas a las que llegaron Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz nos ayudan, a quienes damos titubeantes pasos sobre el suelo pedregoso y a veces en el fango, a reconocer que el estribillo que se repite en el primer capítulo del Génesis: "y vio Dios que era bueno", es verdad de

peso a pesar de que nuestra mirada pueda observar y calibrar la tierra en la que vivimos "como un montón de basura". En su fuga en busca del Amor--y "Dios es amor" subrayó el evangelio de San Juan--el carmelita Juan de la Cruz, quien en uno de sus mejores pensamientos, tristemente no realizado, quiso ser de los primeros en evangelizar México, tomó la pluma con firme mano y escribió: "¡Oh bosques y espesuras plantadas por las manos del Amado! ¡oh prado de verduras de flores esmaltado!, decid si por vosotros ha pasado...Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura; y yéndolos mirando, con solo su figura vestidos los dejó de su hermosura". La santa de Ávila, imaginando una cacería en el campo boscoso grabó en el papel: "...el dulce Cazador me tiró y dejó rendida...Hirióme con una flecha enherbolada de amor, y mi alma quedó hecha una con su Criador; ya yo no quiero otro amor..."

-----

La primavera en México tiene dos etapas, pues las flores suelen tardar en aparecer. En su primera etapa, que coincide con el tiempo litúrgico de la cuaresma, persiste la resequedad, ambiente propicio para la reflexión y el arrepentimiento, pero la segunda, coincidente con la Pascua, se desborda en luz y florecimiento. Es importante que, a pesar de nuestra dependencia creciente de los medios electrónicos y de que nuestra vista pase tanto tiempo frente a una pantalla, abramos los ojos a los signos que la naturaleza, a pesar de tantos obstáculos, nos sigue ofreciendo: si los humanos nos olvidamos de ella, el Creador sigue y seguirá atento a su creación, sigue y seguirá siendo el jardinero de su bondad y su belleza. ¿No fue con el jardinero con quien María Magdalena confundió a Jesús resucitado en la mañana más gloriosa de la historia?

Quienes además de nuestra casa familiar y del círculo de nuestros amigos tenemos el gozo de compartir en la gran casa donde Jesús es el Señor, la Iglesia, deberíamos también saber percibir y saber contribuir a los signos de primavera en ella, con granos de esperanza. San Juan XXIII cuando convocó al Concilio Vaticano II lo anunció como "una nueva primavera de la Iglesia" y en efecto lo ha sido. Y hace muy poco tiempo Su Santidad Francisco, invitando a una reforma, es decir, a recobrar la forma que es propia de esta comunidad y que no es otra que EL EVANGELIO decía en convocatoria primaveral: "reformarse, convertirse, no tiene finalidad estética, como si se quisiera que fuera más bonita, ni puede entenderse como maquillaje para embellecer un viejo cuerpo o una operación de cirugía plástica para quitar las arrugas. No son las arrugas lo que hay que temer, sino las manchas".

Que la llegada de la primavera y sus signos nos hable con elocuencia de un Dios que es Amor y Luz.